

Europa. Estas influyen por medio de la intriga en las decisiones del divan y en el nombramiento y destitución de los ministros de Constantinopla y de los reyes de la India. La Rusia tiene puestas sus garras sobre aquella presa que le está destinada: Inglaterra trata de establecerse en el Istmo de Suez; procura adquirir una especie de patronato sobre los bajás y los emires de Siria, á fin de que la ocupación de Constantinopla no redunde en provecho exclusivo de Rusia, y al mismo tiempo pone un obispo anglicano en Jerusalem para habituar á los Orientales á mirarla como protectora. Francia, no queriendo quedarse sin nada en el repartimiento, se fortifica en el Mediterráneo; Austria tiene la vista fija en las desembocaduras del Danubio, cuyas fuentes también codicia, y hay igualmente quien en la desmembración del imperio turco ve la posibilidad de una reorganización europea, en la cual á la arbitraria división de territorios sustituya la división natural de nacionalidades.

CAPÍTULO XXXIII

Esperanzas y aplausos.

Las ideas fascinan tanto mas cuanto mas sencillas parecen, porque se encuentran indicadas por una sola palabra, y así este nobilísimo pensamiento de la nacionalidad que surge en los pueblos solamente cuando las desventuras han hecho sentir la solidaridad de todos los desventurados, se aumentó grandemente entre los de la Europa Oriental, para los cuales representa et término de su condición servil y la completa adquisición de sus derechos políticos. Si fué sangriento su origen en otras partes, en Italia

bles. Nada, entre nosotros, puede dar una idea de aquella profunda torpeza de espíritu, de aquella completa ausencia de toda curiosidad.

Añádase que tiene un mal mortal aquella bella raza; la presencia y la cohabitación de las dos estirpes que se dejó vivir junto una á otra, la griega y la armenia: junto una á otra, y sin embargo con condiciones que hacen imposible la fusión. Griegos y Armenios están llenos de execración por los Turcos, pero no se quiere entre sí, y con todo, como antiguos propietarios del país, no aspiran á excluirse, sino á preponderar. Y son de parecer nuestros viajeros que, á lo que caigan los Turcos, á los Griegos vendrá el Asia Menor. Unos y otros son gentes de comercio, pero los Griegos ponen mas actividad, inteligencia y perseverancia. Jamás he visto un Griego contento con su estado (escribe Perrot): esta disposición de ir siempre mas allá quizás les ataca los nervios, y pone á los Griegos impertinentes y caprichudos; pero vale mas que la disposición contraria, que domina entre los Turcos; que resignarse con demasiada facilidad; y no desear mas que conservar su puesto es una desgracia lo mismo para los pueblos que para los individuos.

Los Griegos de Anatolia desean con ansia aprender; tienen por todas partes escuelas que están arregladas con espíritu práctico. Los padres no reparan en gastar para hacer estudiar á sus hijos, y los ricos los mandan con gusto á Atenas, y en ello entra también el patriotismo. La resurrección de la Grecia aumenta la energía de los Griegos, y les da un centro que no tienen los Armenios. Sobre estos pone Perrot curiosas particularidades é inspira un vivo interés, y la relación de su mansión en el seminario católico de Angora es un atractivo episodio.

(Nota de 1863.)

nació con faustos auspicios (1). Llamada á la unidad esta nación por su situación bien marcada y por la religión que en ella tiene su centro, han ocasionado el aislamiento de cada una de sus partes la belleza de todas, la conformación geográfica del terreno y el no haberla dominado por completo ningún conquistador como los Francos en las Galias y los Normandos en Inglaterra. No que esto la perjudicase, antes bien la época mas espléndida para ella fué cuando ninguna ciudad dominaba sobre las otras, sintiéndose cada cual por su riqueza en terrenos, en comercio y en doctrina con bastante inteligencia, valor y medios para erigirse en capital. La nacionalidad terminaba, pues, en los confines de cada pueblo; Génova no experimentaba la necesidad de unirse á Nápoles; Milan nada quería de Florencia; las guerras de Venecia contra Roma, de Toscana contra Sicilia, no eran consideradas como civiles, de la misma manera que las que hubo entre Francia y Borgoña, entre Castilla y Aragón.

Pero como la presión reúne y amalgama materias inconexas, así bajo el yugo extranjero la Italia conoció su unidad; lo conoció en el idioma, en la literatura, supremamente nacional ya desde Dante, y en la cual el nombre de Italia vivió aun despues que la espada lo habia borrado de los tratados diplomáticos.

Este sentimiento, sin embargo, permanecía circunscrito á las clases cultas, y aun entre estas no repugnaba la dominación extranjera, contra la cual apenas se encuentra un lamento en las obras de los escritores del siglo pasado, merced á los gobiernos de aquella época, que respetando las formas históricas, dejaban ancho campo á la acción de los cuerpos municipales y provinciales, lo cual hacía que muchos tuvieran cierta parte de autoridad y la noble complacencia de trabajar por el bien de su país.

Buonaparte proclamó que no seríamos Alemanes ni Franceses, sino Italianos; despues nos dividió, nos trocó y nos vendió, y aunque constituyó un reino de Italia, lo compuso de pocas provincias, y lo formó á la francesa. Á su caída esperó Italia que los aliados le darian una existencia propia, ya que habian triunfado del tirano en nombre de la libertad y de la independencia; pero los aliados repartieron sus despojos entre los antiguos y los nuevos señores, y la Lombardia, agregada, no fundida, con el territorio de Venecia, fué adjudicada al Austria como conquista y sin condiciones.

De este modo el despotismo, cosa nueva, se estableció en Italia, y por consiguiente el odio

(1) Si otras veces he apelado en vano á la lealtad que no aísla los conceptos ni traspone las frases, ménos puedo confiar ahora en la súplica que voy á hacer para que se tenga presente lo que es indispensable para la completa inteligencia de mi pensamiento, á saber: que no deben separarse estos últimos capítulos uno de otro, ni tampoco de las premisas que largamente he sentado en los anteriores. Por lo demas he puesto extrema diligencia para encontrar la verdad y he usado de gran libertad para decirla; si se me muestra que es falso cualquiera de los hechos que cito, en breve me retractaré públicamente.

á los gobiernos, los cuales, concentrando en sí toda clase de actividad, tomaban la responsabilidad de los males que sufriera el pueblo, y se exponían al choque de todas las exigencias, aun las mas exageradas. Y como Austria habia proclamado que sostendría con todas sus fuerzas á los gobiernos absolutos aun en el resto de Italia, contra ella se dirigía el odio de todos, el cual se expresaba en el deseo de libertar á Italia de los extranjeros. Este fué el grito general en las Revoluciones de 1821, y mas en las de 1831, grito que se repitió todavía con mayor fuerza en los escritos y en las conspiraciones sucesivas, que fueron en gran número, si bien de poquísimas influencia en los acontecimientos y en el espíritu público. Los autores de estas tramas hablaban de la libertad con la cólera de hombres perseguidos, y exagerando las culpas de los opresores, hacían que no parecieran tan enormes sus verdaderos excesos. Léjos de echar mano de los remedios posibles y de la concordia como el mas eficaz de todos, se ensañaban contra los Italianos que sobresalian un poco entre la multitud ó que disintían de ellos en un solo punto, demasiado sinceros para cambiar de opiniones, ó que en vez de precipitarse á ciegas en los mismos riesgos, preferían llegar por rodeos legales adonde los demas querían ir directamente y de un salto. Celos de país, de situación, de ingenio; odios civiles, repugnante intolerancia, se parapetaban detras de aquel valladar para dirigir acusaciones reciprocas, contradictorias (1), irreparables, y tan abyectas y mezquinas que de ellas habria debido deducirse ser malos los tiranos, pero nosotros pesimistas, y por tanto ó indignos de la libertad ó incapaces de conquistarla. Así, para los enemigos era excelente salvaguardia nuestra discordia calumniadora (2). Entretanto se prometían millones de hombres fervorosos, prontos á sublevarse á la primera señal; pero á los pocos

(1) Mazzini no atacó jamás á las personas, y la culpa que mas suelen echarle en cara sus amigos, es la de aceptarlas todas y fiarse de todas. ¿Vendrá su poder de esta comprensibilidad?

(2) Fóscolo en 1820 hablaba ya de los que imputan á los extranjeros la culpa de infamarnos con calumnias, de las cuales somos nosotros en realidad los autores. « Cuando el tiempo y la violencia de los hechos os despiertan, miráis en torno vuestro con la somnolencia de la embriaguez para execrar á Franceses y Alemanes, misioneros de santas alianzas y embajadores que han derramado abundantemente la sospecha y el escándalo para desunir é infamar á la Italia y á los Italianos. Sin embargo, pues que os subyugan sin derramar sangre, merecen el nombre de prudentes. Si no quisierais escuchar, ni creer, ni repetir las sospechas y los escándalos; si tuviérais fe los unos en los otros; si no os acusárais de haber sido amantados y educados como hijos de una patria lacerada por las discusiones; si no os lamentárais de que cada uno de vosotros se halla dispuesto á prostituirse por oro ó por cobre á la lascivia de todos los adúlteros; si no nombrárais hoy al uno y mañana al otro, haciéndoos los Tersites de vuestros Aquiles, creo que la prudencia de vuestros opresores se convertiría en truhanería ridícula y que ya la habrían pagado con su sangre; y si todavía fuérais siervos, á lo ménos no seríais infames ni necios. Pero vosotros, desgraciados, no obstante que sois valientes y entendidos, no dejaréis jamás que los sucesos os abran los ojos, y eso que se los abren á los mas estúpidos. » Recomiendo la lectura de aquella prosa porfirica publicada en la misma imprenta para que se vea lo que se ha progresado en treinta años.

Tirteos, se unían muchos Jeremías, los cuales por amor á Italia la insultaban declarándola incapaz de mejoras (1).

Tales escritos, por otra parte, no llegaban al pueblo, sino á la clase que lee por no pensar, entre la cual mantenían un movimiento galvánico que parecía vida; siguiéronse de aquí también insurrecciones parciales, intentadas con la intrepidez de la inexperiencia, ó por esa necesidad inexplicable que impulsa á algunos á protestar en nombre de un pueblo entero ó contra un pueblo entero, alimentando con su sangre la esperanza de los que gimen bajo la opresión de los fuertes y bajo la bellaquería de los afortunados. Los hermanos Bandiera, Venecianos, habiendo desertado de la marina austriaca, desembarcaron con corto número de secuaces en Calabria, donde fueron presos y condenados á muerte: caso instantáneo, aislado, y que hizo sin embargo grandísima impresión.

Otros se aprovechaban de la paz para buscar el medio de hacer mejoras parciales y de trasladar á la opinión la preponderancia de las bayonetas. Resistiendo á la tentación de los goces, y á la inercia que encuentra excusas en las dificultades, en tiempos fatales para la virtud de los ánimos, para la fuerza de los caracteres, para la elevación de los ingenios, trabajaban solos, desconocidos y aun ultrajados, pero con perseverancia. Singularmente en los últimos tiempos se desplegó la actividad en investigaciones históricas y ejercicios literarios y estadísticos, en los cuales, bajo la sombra de los hechos antiguos, se dibujaban los presentes. Llamábase la atención sobre los problemas políticos y sociales, repetíanse en cien tonos el nombre y las esperanzas de Italia, y la censura, por mas que borraría palabras y frases, no podía borrar el espíritu de los libros, cautamente vigorosos. Aplicábanse las asociaciones á mejorar las escuelas, á objetos de beneficencia, á empresas industriales y hasta en la antigualla desacreditada de las academias se buscaba pretexto para reunir á los Italianos y darles los hábitos de la palabra, del orden, de la legalidad. Los caminos de hierro adquirieron mas interés que todas las pequeñas especulaciones. Los congresos científicos anuales se extendieron de los

rica publicada en la misma imprenta para que se vea lo que se ha progresado en treinta años.

(1) « Leopardi hacía el fin de su vida escribió un libro desconsolador (*Los Paralipómenos*), en el cual escarnece los deseos, los sueños, las tentativas políticas de los Italianos, con una ironía que parte el corazón, pero que es justísima. GIOBERTI, *Jesuita moderno*, tomo III, pág. 484. Y en la pág. 488 el mismo Gioberti asegura que « la nación italiana no podrá nunca recobrar su antigua superioridad moral y política en el mundo, mientras los Italianos de nuestros tiempos no se pongan al nivel de la antigua Italia » y de la antigua Roma... Ciertamente nosotros, generación madura y decadente, con un pié en el sepulcro, en vano pensaríamos en eso, porque nuestros huesos están duros, nos han salido callos, y aunque llegásemos á remozarnos, poco y corto sería el fruto. » Dejo aparte á Botta, porque sus vituperios son ejercicios retóricos, y en cuanto á las poesías todos las conocen.

estudios naturales á los económicos; y si eran tribuna de los charlatanes que se apoderan de cualquiera idea para engrandecerse, si hacían tener al hombre de ruido por hombre de talento, no era poco el ver á Italianos reunirse en comicios nacionales, discurrir acerca de cosas serias, comunicarse el fruto de solitarias investigaciones y aplaudir á otros que no fueran bailarines ni cantatrices.

Pocos discurren sobre sus sentimientos, pues los mas los reciben de la educacion, de la moda y de las costumbres. La mayor parte, preguntados en qué consiste el liberalismo, habrían respondido: « En el odio al extranjero. » Pero prescindiendo de que este sentimiento negativo no bastaba para caracterizar una actividad, era comunísimo y por tanto no tenia relacion con la libertad verdadera, ántes bien desviaba del estudio de esta y de la educacion, haciendo que los Italianos se contentasen con la bafa, con habituarse á despreciar y eludir la ley, creyendo hombre grande á todo el que hacia la oposicion al gobierno, ya fuese sufriendo veinte años de cadena, ya silbando á una bailarina. Los que estudiaban la libertad como cosa sagrada y procuraban indagar sus vías, no estaban acordes entre sí, pero como el vulgo necesita de nombres, se habian clasificado bajo las antiguas banderas de Gúelfos y Gibelinos.

Los Gibelinos, conformes en el bien con Dante, Maquiavelo y los jacobinos, veían la necesidad de gobiernos fuertes, cualesquiera que fuesen, y recordando que Napoleon con la espada habia formado tantos grupos italianos, y cuán fácilmente hubiera podido á su voluntad hacer de la Italia una sola nacion, se fijaban en cualquiera de los príncipes de Italia para ponerlo á la cabeza de toda ella, ya fuese Carlos Alberto de Saboya, ya Francisco de Módena, ya hasta el mismo emperador de Austria. La primera necesidad de una nacion, decían, es la existencia, es la unidad; lo demas vendrá despues.

Otros querían ante todo la libertad, y en la historia leían que esta habia sido siempre protegida por los papas; los cuales, oponiendo la Iglesia universal al universal imperio, habian creado aun en la esfera política la vasta unidad católica, salvado á Italia de la destruccion total de su civilizacion é impedido que los Bárbaros se consolidasen en ella: que si con este objeto habian llamado á un extranjero para oponerlo á otro, todavía en nombre de ellos se habian hecho las tentativas de independencia y de federacion italiana, ya en la liga lombarda y en la toscana, ya en la que se formó contra Eccelino, ya en la que se realizó en tiempo de Julio II ó ya en la que se formó bajo el pontificado de Pio VI.

En Italia la adersion á los papas es vulgar, ya porque son tambien príncipes, ya porque los primeros escritores los escarnecieron, y los siguientes los han imitado como de costumbre. Sin embargo, en los últimos tiempos, mejores

estudios históricos y el sentimiento religioso ennoblecido han hecho mirar las cosas de otra manera (1).

Este sentimiento, si en algunos degeneró en ascetismo monacal, ó en jerga teosófica, en los mejores fué inspirador de ideas benéficas, convenientísimas, y entre los escritores produjo (prescindiendo de otros) los dos libros que son casi los únicos que han llegado á ser populares hasta en el otro lado de los Alpes, libros que á las miserias de los hombres y á los padecimientos de la vida oponen aquellas suaves virtudes que triunfan del mundo.

Parecía, pues, que para elevar á la plebe, el mejor medio debia ser elevar á los pastores; sosteníase la primacia espiritual como á propósito para restablecer el prestigio de la autoridad, tan necesario en los gobiernos libres, es decir, en aquel régimen que no tiene mas freno que la moral; ¿y cómo podrian temerse los abusos cuando los gobiernos tenían la fuerza y los escritores la opinion? Recorriendo la historia se divisaba una liga de pueblos italianos con el papa á la cabeza, que devolvía á Italia la unidad, no ya del trono, sino de los intereses y de los sentimientos, la unidad de bandera, de pesas y medidas, de aduanas, de ejércitos, de palestras doctrinales y de diplomacia.

¿Pero Austria querria entrar en una liga que dejaria aisladas á sus provincias italianas de las transalpinas? Y en caso de entrar en ella, ¿su poder no la haria preponderante con mengua de la independencia de los demas Estados? ¡Gravísima dificultad! Pero como es costumbre, se creía eludirla con no hacer caso de ella (2).

Refanse de estas ideas gúelfas los muchos que miraban á los pontífices como el único obstáculo á la prosperidad de Italia, no distinguiendo bien los accidentes de la sustancia, las personas de los principios, los papas del pontificado. Pero con paciencia las cultivaban buenos ingenios y rectos corazones; el ejemplo y la voz de los cuales trató de seguir el abate Gioberti en su *Primado de los Italianos* (3). El argumento político de su obra consiste en que

(1) Las primeras señales del neogüelismo en Italia se encuentran (¿quién lo creyera?) en Hugo Foscolo. Durante el reino de Italia pudo este autor, al traves de mil obstáculos, publicar en alabanzas de Gregorio VII un artículo que se encuentra entre sus obras. En 1815 preparaba un discurso á Pio VII para demostrar « la necesidad de que el pontífice permaneciese en Italia, defendido por los Italianos, » y en el discurso segundo sobre la *esclavitud de Italia* dice: « Los Italianos queremos y debemos querer con toda nuestra alma, que el papa soberano, supremo tutor de la religion de Europa, príncipe electivo en Italia, no solo subsista y reine, sino que riene siempre en Italia y defendido por Italianos. » En el discurso tercero se lamenta de que se hubiesen « olvidado la sobrehumana fortaleza y la sabiduría política de aquel gran pontífice (Gregorio VII), que hacia consistir la dignidad temporal de la Iglesia en la independencia de las ciudades italianas, y por tanto en la confederacion de estas, el apoyo mas seguro de sus pastores. »

(2) Á fines de 1821 habia propuesto el Austria una ley de principios italianos, y en ella se decía que tal era el fin de un congreso del emperador con el gran duque en Florencia. La corte de Roma vió el predominio que esto daría en los destinos de Italia, y rehusó.

(3) *Jesuita moderno*, tomo V, pág. 113.

« la redencion de Italia es imposible de obtener sin el concurso de las ideas religiosas; que la Península no puede ser una, libre y fuerte, si Roma, su centro y cabeza moral, no conquista derechos políticos; que hasta ahora se han frustrado todas las tentativas porque al ponerlas por obra no se ha hecho caso alguno del clero, ni se han tenido en cuenta las creencias comunes; que la religion es la base del genio nacional; que Roma es la metrópoli moral y política de Italia; que la sola reorganizacion posible de Italia hoy dia es una Confederacion de sus príncipes presidida por el Pontífice (1). »

En aquel panegírico de Italia, Gioberti, ademas de ver en el papa la gloria perpétua, la antigua tutela, la nueva esperanza de la nacion, prodigaba infinitas alabanzas á Carlos Alberto para que se hiciese centro de la restauracion italiana, y respecto del Austria no decía una palabra. Tan poco se habian cultivado tales ideas, que los dos gruesos volúmenes de su obra, impresos en Bruselas, solamente fueron conocidos de unos cuantos, hasta que César Balbo tomó de ellos ocasion para escribir un libro mas práctico, mas sencillo y mas breve. Era César Balbo el primero que no estando emigrado, discurría abiertamente de política italiana, y esto bajo el imperio de un príncipe que no lo habria molestado, pero que tampoco lo habria defendido. Su libro se difundió muchísimo, y presentó, ya que no otra cosa, un programa sobre el cual versaron los razonamientos de los pocos que piensan y los discursos de los muchos que repiten.

Para Balbo el principal fin (*porro unum est necessarium*) es la independencia, tanto que no vacila en sacrificarle las formas de la libertad (2). Rechaza la sublevacion (cap. VIII) como criminal y peligrosa; no cree posible la formacion de « un reino de Italia con tan diversas opiniones, ideas y provincias; » pero cree que puede constituirse una Confederacion de que el Piamonte sea la espada y el corazon Roma, y en la cual se concedan tantos bienes á los pueblos, que el dominador extranjero pierda toda su fuerza, hasta que la Providencia haga sonar la hora que abandone la Italia, compensándolo con adquisiciones en Turquía.

El siglo de la policia y de la ley marcial tiene gran miedo á los clérigos, y aquella Francia en que la imprenta y la declamacion se ostentan sin respeto y sin pudor, finge atemorizarse á la vista de algunos, que á la sombra de la li-

Jesuitas.

(1) Es natural que despues se le atribuyera todo el mérito, y ninguno se reservara para aquellos cuyo partidario se manifestaba. Entre los escritores de algun influjo entre los Italianos, Cualterio nombra tambien á Manzoni.

(2) « Circunscrita á los príncipes la facultad de decidir si habia de establecerse ó no un gobierno deliberativo, ¿seria útil establecerlo? Hablemos claro: aun tomada por los príncipes esta decision, puede presentarse llena de peligros, fecunda en discordias y distraer de la empresa de la independencia; es por tanto nociva. » Cap. X, pág. 221.

bertad creen poder unirse para orar, enseñar y predicar. Libros, estampas, canciones, novelas ensañaron la opinion hasta el parasismo contra los Jesuitas; no hubo delito que no se les imputase, desfogando contra este nombre aquella cólera que es innata en el vulgo como lo es el instinto de admiracion. Y digo nombre, porque los hombres sensatos no creerán jamas al mundo tan niño que pueda ser trastornado por unos cuantos clérigos á quienes ha expulsado á pescozones siempre que ha querido. Por lo demas, con esto no se hace sino usar de una arma legítima, la libertad de la imprenta y de la palabra.

Tales libros corrian tambien en Italia, porque los gobiernos gustan de que la atencion, dejando los gabinetes, se fije en las sacristias, y con el ímpetu de una moda, y con la comodidad de un nombre, en un país que tenia verdaderos enemigos que combatir, se extendió el odio contra los Jesuitas, designándose con este título, no las descarnadas reliquias de los antiguos hijos de Loyola, sino todos los que practicaban con celo el ministerio eclesiástico, despues los que favorecian las ideas pontificias, y en fin, aquellos á quienes se queria desacreditar con un título que no admitia disculpa y que en su vaguedad comprendia todos los grados de mérito y de infamia. Y como la infamia peor era ser partidario del extranjero, se proclamó á los Jesuitas amigos de aquella Austria que en sus provincias los habia admitido muy tarde y en cortísimo número, teniéndolos ademas estrechamente vigilados y obligados al silencio por su tiranía administrativa. En cambio eran omnipotentes en el Piamonte, si hemos de creer á Gioberti, el cual, asustado de que se le aplicase este título por haberlos elogiado, publicó en cinco grandes tomos cuanto se habia dicho contra ellos, añadiendo hechos nuevos y personales (1).

Aquella obra, leída por pocos en los pasajes doctrinales y por todos en los pasajes virulentos, expuso á muchos ciudadanos al odio de sus compatriotas, y propagó las teorías filosóficas y teológicas que constituyen la gloria de aquel varon insigne.

Los Jesuitas no supieron mostrar ni la dignidad del silencio ni la de la contestacion; miserables rencillas desunian entre sí y deshonraban á la faz de los demas al partido gúelfo, mientras sus contrarios le dirigian opuestas acusaciones, inculpándolo de republicanismos y acusando al papa de haber arruinado la Italia (2).

(1) « Declaro expresamente que no trato de hacer alusion á ninguna persona privada en particular, pareciéndome que la costumbre de zaherir á los vivos no es de hombre civilizado, ni de hombre honrado, ni de cristiano. » Gioberti, *Introduccion al estudio de la filosofia*, pág. 32.

(2) Jacobo Durando en el *Ensayo sobre la nacionalidad italiana* (1846), aunque muy hostil á los Gúelfos dice: « Austria no ignoraba que entre los descendientes de los hombres de la liga lombarda el neogüelismo es una especie de virtud política y de pasion generosa, porque encontrándose